

Layla Cora

La producción artística como fetiche

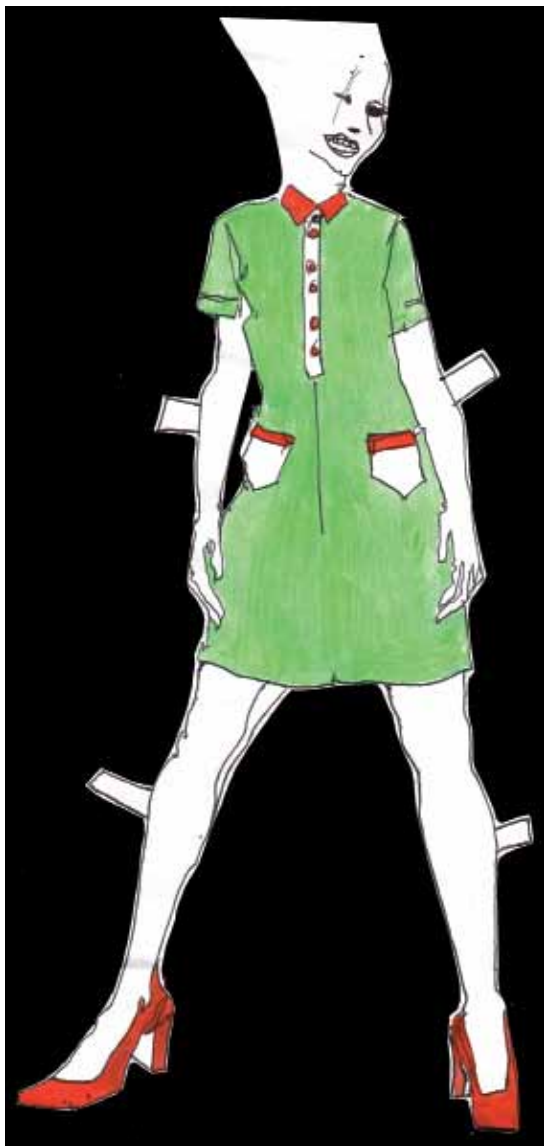
La investigación en arte es un ámbito en donde se nos confieren estados de goce que nos acercan a la vivencia de lo sublime mediante la profundización en el complejo fenómeno de la imagen: una experiencia estética que, más allá de la belleza, nos coloca ante la apasionante sensación de la angustia.

En mi producción visual, la angustia apareció como un pre-texto, proceso conceptual del quehacer artístico en el que, al realizar una imagen, lentamente se fueron escribiendo ideas que yacen como el detonador y, al mismo tiempo, el resto latente o recuerdo que se conserva de los roces con lo acontecido. Es allí donde la distancia entre un sujeto y sus objetos implica una sospecha, pues nunca se podrá estar seguro del lugar exacto del surgimiento del afecto entre ambos y, por ende, tampoco podría explicarse su transformación, su desgaste.

Gérard Wajcman (*El objeto del siglo*, Amorrortu, Buenos Aires, 2001) ilustra lo



LA COLMENA 71, julio-septiembre 2011



anterior al comentar que los objetos van convirtiéndose en ruinas: “El objeto más la memoria del objeto, es decir, el objeto devenido esponja histórica, acumulador de memoria”. Los objetos, al nacer, ya son historia. La investigación ante tales consideraciones es para mí el fascinante rescate “arqueológico” de las ruinas de aquello que nunca detiene su andar.

El hecho de guardar objetos, recoger los pedazos que le sobran a lo que camina constantemente, es una práctica común. Pero no es todo lo que pasa a nuestro lado lo que nos importa, sino aquello que nos afecta emotivamente, lo que decidimos amar. Cuando esta práctica se vuelve reiterativa y adquiere un tinte exacerbado suele denominarse fetichismo. Eso de guardar objetos puede entenderse de distintas formas y en sentidos varios. En mi caso aparecen dos maneras principales.

La primera forma consistía en considerar esa recolección inconsciente e incoherente como el resguardo de objetos importantes en sí, es decir, el objeto vale porque es el contenedor irremplazable. Acumulados en cajas, cajones, frascos y demás recipientes llenos hasta el tope, cada una de las cosas que yacen ahí cubre el lugar de una pretenciosa y anhelada historia de vida. Tales objetos son, en sí, lo amado, aun cuando estén polveados o maltratados y a pesar de que algunos sean recordados únicamente cuando los saco de nuevo.

La segunda forma de coleccionar objetos es la realización de una serie de libretas en las que escribo una exhaustiva, obsesiva y —según yo— quisquillosa descripción de esos mini fragmentos, que se suman a dibujos de algunos de esos objetos para formar el total de los sucesos; pero estos textos son más fantasía que realidad, toda

vez que están redactados a partir de recuerdos que son más bien invenciones de cosas que de tan precisas son de dudosa procedencia, y el hecho de que sean un suceso siempre estará en duda.

Toda la vida hemos pensado que un diario es donde escribimos lo que nos ha sucedido; para mí, ese texto es más bien la descripción del obscuro espacio de libertad de nuestros más grandes delirios, pues proviene de una segunda, tercera e infinitesimal vuelta a lo anhelado, más que de lo realmente sucedido.

Las letras y las palabras son un recurso donde el objeto es un vehículo para describir de diversas formas relaciones entre un sujeto con un Otro que entonces lo hace delirar, pero sobre todo consigo mismo. Dicho en otras palabras, el objeto es una suerte de terrible soliloquio que después de acompañarnos a transitar por la falta pudiera convertirse en bondadoso fantasma.

El fetiche se manifiesta a través de una cosa, pero no es que en ella esté lo que advertimos, sino que es una especie de deseo por haberlo visto, ya que nunca estará allí contenido y mucho menos me sirve para suplirlo, no podemos negar, si acaso, que ha pasado; pero no podemos estandarizarlo en una forma, eso sería banalizarlo. El fetiche es la única posibilidad de relación con el Otro, porque esta relación nunca es tácita; si bien en algún momento pudo y podrá existir, no es representable. La reliquia, por ejemplo, tiene un interés simbólico y por ello finito, es decir, si yo veo tales objetos como representantes tangibles de lo que nunca ha estado, eso hablará de mi imposibilidad por percibir su posible cualidad, ya que trataría –aunque fuera imaginariamente– de hacer finito lo infinito, estaría dándole un significado a



LA COLMENA 71, julio-septiembre 2011



las partes que creo lo han conformado y sería como negar lo que presumo cuando asevero que sí ha ocurrido; sin embargo, si la relación con el Otro es fantasmática, el fetiche aparece para hacer referencias no a un objeto, sino a un proceso psíquico, un significante.

La producción artística nos habla de un proceso que aunque muchas veces pueda ser aparentemente culminado con la presencia de un objeto —lo que pone en evidencia su calidad de resto—, el testigo de tal trayecto, que no es de ninguna forma lo que sobra sino lo que queda, o más bien lo que se queda y gracias a lo cual podemos construir un sinfín de historias que yacen en caminos bifurcados como ensayos ante la imposibilidad tácita del recuerdo, todo ello anuncia una suerte de utopía en donde el Otro no sólo es un individuo otro, sino incluso nuestras propias ideas, es decir, el fetiche como el detonador de todas las relaciones que mediante la complejización del término objeto se establecen no sólo “de uno mismo a uno mismo, sino de uno mismo al -que anhelamos- otro” (Augé. *El objeto del siglo*, Amorrortu, Buenos Aires, 2002).LC